

Machirulo

JOSÉ VICENTE RUIZ PAÑOS



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Primera edición
Septiembre 2019

© José Vicente Ruiz Paños

© Atlantis Ediciones Narrative Books
Calle Virgen de las Nieves, 62
28300 Aranjuez (Madrid)
918.65.77.36
atlantis@edicionesatlantis.com
www.edicionesatlantis.com

ISBN: 978-84-120853-3-4

Depósito Legal: M-27065-2019

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»



Atlantis Ediciones
Narrative Books

Machirulo

Para todas las víctimas de la violencia machista.

1

Llevaba muchos años sin viajar en tren, por eso subí al vagón con cierta nostalgia, rememorando mis viajes juveniles cuando, como ahora, no tenía coche. El calor de la calefacción me reconfortó más todavía y me dejé caer satisfecho en el asiento. Cuatro horas y pico de apacible viaje y además con asiento de ventanilla, todo perfecto. Solo echaba de menos el vagón de fumadores, pero, por lo visto, eso ya no existe desde hace mucho tiempo. ¿A quién quería engañar? ¿A mí mismo? En tren no viajas, te transportan como si fueses un bulto de paquetería. Supuse que por eso todos los viajeros de mi vagón llevaban esa triste cara de aburridos, de fracasados. Un hombre sin su coche no es un hombre.

Me sentía muy contento a pesar de ir en un tren de cuarta categoría. No se gana un concurso literario todos los días, de hecho era mi primera vez. ¡Y nada menos que de cinco mil euros, además de la publicación de la novela! Un dineral que me iba a venir muy bien dada la situación económica tan lamentable en que vivía esos últimos años. Recordé la sorpresa que me produjo recibir un correo electrónico de los convocantes del concurso invitándome a participar. ¿Cómo habrían dado conmigo? Seguramente porque hoy en día, basta con entrar a internet y participar en algún foro para perder toda tu intimidad. Mandé mi novela sin hacerme muchas ilusiones porque estaba convencido de que nunca ganaría un

premio organizado por mujeres. Pero, por una vez, ellas mismas habían reconocido que los hombres escribimos mejor por mucho que les cueste aceptarlo. Supongo que, como al final del libro hay violencia de un hombre contra su esposa, pensaron utilizarme para montar su propaganda feminazi, que es lo único que saben hacer esas radicales. El caso es que había subido algunos párrafos de la novela a varios foros de aspirantes a escritores y a nadie le habían gustado, todo eran críticas destructivas y hasta alguna que otra recomendación de que me dedicara a otra cosa. ¡Qué mala es la envidia!

La tentación de dormitar un rato, aprovechando el sopor que produce el traqueteo del tren, era grande, pero conseguí vencerla y saqué mi breve discurso de agradecimiento para darle un último repaso. Me costó mucho escribirlo y no estaba del todo satisfecho con el resultado. Había quedado demasiado radical y panfletario, esperando que así fuese del gusto del público que imaginaba: mujeres feministas, de esas mal vestidas, lesbianas y con planta de camionero.

Fui al baño y al salir pasé por la cafetería. ¡Qué lujos! Son cosas que conduciendo no se pueden hacer, me decía a mí mismo tratando de consolarme otra vez porque, en el fondo, me seguía doliendo mucho haber tenido que malvender mi coche. Mucho no, muchísimo. Más que perder el amor de una mujer, más que haberme quedado sin Laura cuando ella eligió a Raúl. Los coches no te fallan tanto, son más fieles y, teniendo uno, siempre habrá otras mujeres que se animen a probar el asiento de atrás, como dice Loquillo en una canción. Miré el precio de la cerveza y decidí no tomar nada porque todo era carísimo y además lo único que me apetecía de verdad era fumar un cigarrillo. Volví a mi asiento, me dejé caer como un trasto viejo y me concedí una hora de sueño para llegar lo más despejado posible a la ceremonia de la entrega del premio. Ninguno de los escasos compañeros de viaje tenía aspecto de asesino en serie, aunque nunca se sabe, y se me hacía

raro eso de dormir entre desconocidos. No pude pegar ojo porque no dejaba de pensar en Laura. Tenía tantas cosas que decirle: que había escrito una novela contando su historia, que pensaba en ella a todas horas, que sentía mucho lo que le pasó. Nada, por mucho que ensayaba, no daba con las palabras justas que, tarde o temprano, tendría que decirle. Supongo que por eso recurrí a la escritura, porque, sin tenerla delante, las ideas fluyen libremente y todo es mucho más fácil. Es curioso, porque no soy nada tímido, al contrario, me considero más bien un tipo extrovertido, y suelo pecar más de bocazas que de callado, pero con ella todo es tan diferente... No podía seguir huyendo de Laura eternamente sin tener ningún motivo para hacerlo.

Según se iba acercando el tren a mi destino, los nervios se hacían notar cada vez más. No estaba acostumbrado a hablar en público y las palabras que había preparado tan concienzudamente cada vez me parecían más ridículas y torpes. Si no fuese por el premio en metálico, quizás daría media vuelta, pero así no, me resultaba imposible renunciar con la falta que me hacía el dinero. Con esa cantidad podría comprarme un coche modesto, de segunda mano, pero no, no iba a pasar la vergüenza de aparecer por el barrio con algo tan bochornoso, era mejor esperar un poco hasta juntar lo suficiente para que al verme pasar se murieran de envidia los vecinos. Y además, eso de recibir premios le venía muy bien a mi ego, tan malherido como se encontraba. Desde que, hace ya unos años, perdí mi empleo por culpa de esta maldita crisis, iba de fracaso en fracaso, con la autoestima por los suelos. Este éxito literario tan inesperado suponía sin duda un punto de inflexión en mi vida porque nada es eterno y hasta mi mala racha tenía que acabar algún día. Al menos eso me decía a mí mismo tratando de evitar que brotara alguna lágrima al recordar tantos reveses que me había dado la vida, tantos fracasos tan inmerecidos.

Además, aunque la tirada de la primera edición era muy pequeña para mi gusto, por una vez iba a tener lectores de verdad,

aparte de mis padres, casi analfabetos. Solo me preocupaba una posible lectora, Laura. ¿Cómo se lo tomaría? No es ningún crimen inspirarte en una historia real para escribir tu novela. Ya hablaría con ella más adelante. Ahora quería centrarme solo en mi merecidísimo premio. Disfruté muchísimo imaginando a los perdedores que en ese momento debían de estar envidiándome a mí, al ganador.

Ojalá se me hubiera ocurrido un buen seudónimo, algo que sonara bien y llamara la atención, cualquier cosa antes que firmar el libro como Javier Pérez García, porque con algo tan vulgar no se puede ir muy lejos. En la plica, que era obligatoria según las bases del concurso, había puesto «Hombre feminista», sin más, directo y certero. Pero tenía que buscar otra opción mejor para mis siguientes novelas, quizás con un apellido extranjero, que eso siempre despierta más interés. Claro que, si a Juan Ramón Jiménez y a Gabriel García Márquez les fue bien, ¿por qué no a mí? Sentía cómo la vanidad me inflaba el pecho y soñando despierto me vi ganando... ¡El Planeta!... ¡El Cervantes!... ¡El Nobel!...

Cuando la megafonía del tren anunció que la próxima parada era la mía, volví a la realidad. Y nada mala, por cierto. Un premio siempre es un premio, aunque lo conceda la Concejalía de Mujer de una pequeña e irrelevante capital de provincia. ¿Concejalía de Mujer? ¿Y para cuándo la de los hombres?, me dije a mí mismo aprovechando que nadie podía leer mis pensamientos. A partir de ese momento yo iba a ser un feminista radical y debía tener cuidado para que no se me escapara algún comentario que pudiera interpretarse como machista. Las mujeres de ahora son tan tiquismiquis que han conseguido que los hombres normales, los escritores como yo, como Sánchez Reverte, como Pérez Dragó, parezcamos marcianos solo porque nos expresamos correctamente en español y no hacemos concesiones a esa sandez feminista que llaman lenguaje inclusivo.

Nos tratan comoapestados por defender lo evidente, que, se pongan como se pongan las feminazis esas, los hombres y las

mujeres no somos iguales. Ni mejor, ni peor; diferentes. Yo respeto y valoro mucho a todas, a las cuatro o cinco mujeres que han destacado en cualquier ámbito del saber. Pero... ¿Por qué solo hay una Madame Curie importante para la ciencia? ¿Por qué no hay mujeres en la élite del ajedrez? Porque eso de pensar no va con ellas, qué le vamos a hacer. Eso sí, reconozco que tienen otras habilidades que a nosotros nos resultan casi imposibles: saben combinar los colores de la ropa, distinguen un sinfín de perfumes, entienden mucho de decoración de interiores... Pero, claro, con esa manía de la igualdad luego pasa lo que pasa, que hasta una analfabeta como esa que andaba parando desahucios de ocupas llega nada menos que a alcaldesa de Barcelona, así, por sus santos ovarios. Discriminación positiva creo que lo llaman, hay que joderse.

Ayudé a bajar el equipaje a una chica que andaba apurada con un niño en brazos. Soy todo un caballero y me gusta echar una mano a la gente, ese tipo de cosas que ya no se llevan porque ahora cada uno va a lo suyo. Habría hecho lo mismo aunque no estuviera tan buena la chavala, como para hacerle otro hijo allí mismo.

Había comprobado en la web del ayuntamiento que el alcalde era del PSOE, así que yo también sería socialista, al menos durante la entrega del premio. Nunca se sabe, quizás con un poco de peloteo podría conseguir algo más que esos cinco mil euros. Siempre conviene llevarse bien con las autoridades, por lo que pueda caer, y eso vale tanto con los políticos de izquierdas como con los de derechas. En cuestión de vanidad, es verdad eso que se suele decir, que todos los políticos son iguales. Y para todo lo demás, también. ¿Por qué no me podía caer un taller de escritura creativa bien remunerado?

Tal y como me habían avisado internet y mi madre, llovía a cántaros cuando bajé del tren. ¡Ay, la vieja! Es muy pesada, pero, al verme allí solo, en una ciudad desconocida, me asaltó un repentino ataque de ternura al recordar la insistencia con que ella me había obligado a echar un paraguas, su empeño en ayudarme a hacer la

maleta y la absurda idea de acompañarme en el viaje, con lo mayor que está ya la pobre. En fin, da igual que ya hubiera cumplido los cuarenta, para una madre los hijos siempre serán sus pequeños. En el fondo, ella estaba encantada de que su niño hubiera vuelto a casa, lástima que fuese porque había perdido la mía al no poder hacer frente a la hipoteca. A mí no me hacía tanta gracia la situación porque me hacía sentirme derrotado, exiliado en casa de papá. Eso sí, solo temporalmente, hasta que acabara la mala racha de los últimos años. Con el dinero del premio y lo que me iba a tocar en la lotería que había comprado en la estación, muy pronto todo eso quedaría atrás.

No conocía la ciudad pero había visto en internet que mi hotel estaba cerca de la estación y también de la Casa de la Cultura, el local donde unas horas después tendría lugar la entrega del premio. Es lo bueno que tienen las ciudades pequeñas, que todo está cerca, quizás demasiado.

Odiaba caminar así, en pleno vendaval, con el paraguas en una mano y la maleta en la otra, por lo que entré a un bar a tomar algo y a esperar que cesara el chaparrón. Me pareció haber viajado también en el tiempo cuando eché un vistazo al local. Era un bar de los de antes: solo con clientela masculina, con carteles de toros y un calendario con la foto de una moza muy aparente con las tetas al aire. Por puro morbo, pedí una copa de coñac Soberano, «Cosa de hombres», como ponía en un cartel publicitario que debía llevar siglos en aquella pared, y me senté en un taburete de la barra a tratar de recomponer mis papeles, que estaban bastante mojados, a punto de romperse. ¡Qué desastre! Menos mal que mamá no podía verme en esas circunstancias. Recordé mi promesa de llamarla en cuanto llegara y saqué el móvil, también empapado. Sin cobertura, ¡mierda! Tuve que telefonar desde una especie de cabina que había en un rincón del bar.

Lo dicho, parecía estar dentro del *Ministerio del tiempo*, mi serie de televisión favorita, y haber aparecido por lo menos cin-

cuenta años atrás. Cuando acabé la segunda copa, estuve a punto de preguntar a los parroquianos del bar si había muerto Franco ya.

No parecía que fuese a menguar el aguacero. Y, como no podía llegar tarde a un evento como ese, me armé de valor y, tras beberme de un trago el tercer coñac, salí de allí lo mejor pertrechado que pude. Al pagar pareció confirmarse mi teoría porque me salieron muy baratas las copas, con precios como los de antes. Lástima que no pudiera presentarme borracho a recoger el premio, porque me encontraba muy a gusto allí, por el puntillo que había pillado al beber coñac prácticamente en ayunas y también, por qué no decirlo, porque necesitaba algo de apoyo masculino, y aquel ambiente tan varonil podría contrarrestar la lluvia de toneladas de feminismo radical que me iba a caer encima poco después.

Tomé nota mentalmente de la ubicación del bar porque me gustaba la idea de pasarme por allí antes de volver a Madrid y salí resuelto a comerme el mundo, al menos dispuesto a lucirme con mi discurso ante un público que imaginaba de lo más cateto. Por primera vez en mucho tiempo me sentía superior al resto, capaz de conseguir todo lo que me propusiera.

El hotel no estaba nada mal, muy céntrico y con todo lo necesario, incluso un bonito balcón que daba a la calle Mayor. Le habría costado un dineral a mi padre. Nunca pude entender cómo daba tanto de sí la pensión del viejo cuando a mí siempre me había costado llegar a fin de mes incluso en los buenos tiempos, cuando cobraba un sueldo bastante decente. Deshice el equipaje cada vez más animado, incluso silbando mi canción favorita, y me enfrenté a un dilema: ¿traje, como me había sugerido mi madre, o algo más informal, como prefería yo? Opté por el término medio: pantalón de vestir, camiseta negra y la americana que me había prestado papá. Y no me disgustó nada mi imagen al mirarme en el espejo, lástima que la incipiente calvicie lo afeara todo un poco. Pero sí, me veía interesante para mis años y, ¿quién sabe?, quizás hasta podría ligar y echar un buen polvo antes de que caducaran los

preservativos que llevaba siempre encima «por si acaso». Todo el mundo sabe que las mujeres provincianas se ponen cachondas con los forasteros, sobre todo si son hombres de mundo con elegancia y distinción. Y, si además hablamos de un escritor, eso debe de ser ya el colmo para ellas.

Llevaba mucho tiempo sin pasarme por eso que se suele llamar la España profunda y, a juzgar por el ambiente del bar donde me había refugiado de la lluvia, lo que suele decirse del mundo rural no me pareció solo una imagen tópica y trasnochada. Al fin y al cabo, en esas provincias la gente vota con más sensatez, sin dejarse llevar por los populismos de izquierdas tan de moda actualmente. Por algo será, y eso me animó bastante. Encontrar un reducto de la España eterna sin contaminar por modernos, progres, feministas y mariquitas me podría servir para reconciliarme con mi querido país, con su esencia más imperial y patriota. A ver qué cojones pinta en un sitio así eso de «Concejalía de Mujer», aunque, eso sí, tuve que reconocer su buen gusto literario, solo había que ver quién había ganado su concurso.

Y allá que iba yo, por la calle Mayor, como un torero que hace el paseíllo, dispuesto a que me sacaran a hombros las zagalas del lugar. ¡Y que haya roce!

2

Fue ver entrar a Javier al salón de actos y se me cayó al suelo lo poco de aceptable que su recuerdo conservaba para mí. ¿Qué había visto yo antes en ese mequetrefe? Ya podía haberse afeitado, por lo menos. La barba de cuatro días solo les favorece a los hombres que también estarían muy guapos sin un pelo en la cara. No llevábamos tanto tiempo sin vernos pero él parecía haber envejecido mucho. Al menos yo le recordaba con más pelo y con menos barriga. Y no solo su aspecto me decepcionó, también todo lo demás.

Se le veía tan ridículo con esos aires de grandeza... Todo un campeón, un genio de las letras capaz de ganar él solito un concurso literario. Me pareció muy irónico que yo, atada para siempre a la maldita silla de ruedas y con la cara destrozada, sintiera casi lástima de aquel payaso que no paraba de soltar los tópicos supuestamente feministas que ya nadie usa. Con lo de que los hombres deberían ayudar más en casa provocó un pequeño revuelo que seguro que ni siquiera supo interpretar. Se le notaba un poco contrariado, seguro que esperaba un público más numeroso, aunque tampoco estaba tan mal, habría casi veinte chicas y un par de hombres cogidos de la mano. Nada, no triunfó con su discurso. Solo sacó alguna sonrisa benévola con un par de bromas no demasiado graciosas, la verdad. Ligera ovación de compromiso y a otra cosa.

Javier nunca supo disimular y se le iban los ojos al escote de la concejala. Y no era de extrañar porque el resto del ganado seguro

que no era de su gusto: chicas de hoy, con ropa nada sexy, con tatuajes y piercings hasta en los lugares más insospechados y, mucho peor para él, mujeres nada sumisas ni complacientes, de esas que se saben dueñas de su cuerpo, de su vida, de todo. Por no hablar de mí... Antes sí que me echaba ese tipo de miradas pero esta vez ni siquiera había reparado en la lisiada que se acercaba a duras penas en su silla de ruedas hasta la exigua cola de la firma de ejemplares.

Javier ni siquiera me reconoció cuando me planté delante de sus narices. Era de esperar, ya no quedaba nada de la Laura que rompía corazones y braguetas a su paso. No me hizo mucho caso porque andaba concertando una cita con la señora concejala. Le encontré especialmente repugnante, todo un baboso trasnochado tras su presa. Y cuando «la eminencia literaria» tuvo a bien reparar en mí, me miró con esa cara de compasión e incomodidad que tantas veces he sufrido yo últimamente. Que te tengan lástima duele mucho y no ayuda nada.

—Hola, gracias por venir. ¿Para quién es el libro? —preguntó el idiota con pereza.

—Para mí. ¿De verdad no me reconoces? Para Laura.

Como era de esperar, el muy cobarde se vino abajo. Se le cayó el bolígrafo y al tratar de recogerlo se golpeó la cabeza con la mesa. Todo un desastre. En el fondo no había cambiado nada, seguía siendo el mismo botarate de siempre.

—¡Qué sorpresa! Precisamente pensaba llamarte ahora —balbuceó Javier.

—Claro, hombre. Se ve que no has tenido tiempo. Debes haber estado muy ocupado escribiendo tu novela.

—De eso precisamente quería hablarte. Verás...

—¿Qué me vas a decir? ¿Qué es mi historia? A buenas horas —le interrumpí.

—Ah, lo sabes ya... Pero... ¿Cómo?

—Recuerda que tenemos amigos comunes. Alguien me dejó tu manuscrito.

—¡Maldita sea! Se lo he prohibido a todo el mundo. Está claro que no te puedes fiar de nadie.

La concejala se le insinuó con cierta impaciencia y Javier hizo un gesto cómplice con la mano pidiendo que le dejara unos segundos para despedirse de mí con un mínimo de decoro. Y yo allí, dándole el libro para que me hiciera el favor de firmar su maldita novela.

—Tenemos que hablar con más tranquilidad sobre todo esto. Dame tu teléfono y mañana te invito a desayunar. Laura... siento mucho lo que te pasó.

—¡Que lo sientes mucho! Vete a la mierda, hombre. O, mejor todavía, vete a follar con la señora concejala.

—No es eso, mujer. Es que quiere hablarme de unos proyectos culturales del Ayuntamiento...

—Ya me sé yo qué proyectos tienes tú con ella. Javier, que nos conocemos...

—Mira, mejor hablamos mañana con más calma. Te llamo.

Él dio media vuelta y se fue. Me quedé allí, ya casi sola en la sala y con el libro entre las manos. Eché un vistazo a la dedicatoria y, como me esperaba, allí no había nada especial, un simple «Con cariño para Laura». Llamé a Vanesa para que viniera a recogerme. Me había costado mucho que la niña me dejara venir sola al acto porque desde que su padre me dejó así, ella no se separaba nunca de mí. Casi me alegré de no haber podido hablar más con Javier. ¿Para qué? En pocos segundos había quedado muy claro que él no había cambiado nada. Me sentía profundamente avergonzada por haber albergado la esperanza de que ocurriera algo diferente. El muy imbécil no había dudado ni un momento con qué mujer salir de allí, ni siquiera por lástima se planteó elegirme a mí. No hay nada más cierto que eso de que para los hombres tiran más dos tetas que dos carretas. Quizás estaba siendo injusta con él, puede que yo en su lugar hubiera reaccionado también así. Nunca se sabrá pero habría apostado todo a que no. Esas asimetrías entre ellos y nosotras...

Por esta vez y gracias a él, iba a hacer caso a los médicos que habían vuelto a operar mi boca y me tenían prohibido hablar más de lo imprescindible.

Salí a la puerta y pedí un cigarro aunque llevaba ya meses sin fumar. No iba a ser obediente en todo y, sinceramente, la salud me importaba una mierda. No quería llorar por el único ojo que conservaba y mucho menos sabiendo que Vanesa no tardaría en llegar.

—Mamá, ¿qué haces fumando? ¿Estás llorando?

—No, hija, qué va. Se me habrá metido el humo en un ojo, como llevo tanto tiempo sin fumar...

—¿Ya se ha ido tu amiguito? ¡Qué pronto! ¿No tenías tanto que hablar con él?

—Sí, cariño. Me ha dado plantón y se ha ido con otra todavía más guapa que yo. Otra vez será. Mañana hemos quedado para desayunar los dos solos, tú no estás invitada —dije como convencíendome a mí misma porque dudaba mucho de que Javier, por una vez, cumpliera su promesa.

—Jo, mamá, siempre me dejas fuera cuando se trata de hablar con Javier. ¿Me ocultas algo? No sé por qué no confías más en mí. Si quieres, yo le dejo las cosas bien claritas, a ese le iba a poner yo en su sitio.

—¡Ay, hija! No te oculto nada, es solo que quiero mantener una conversación con Javier a solas. Y tú... ¿Por qué estás tan enfadada con él? ¿Te hizo algo malo alguna vez?

—Porque es un tío, ¿te parece poco? Claro que no me hizo nunca eso que estás pensando y más vale que ni lo intente porque no viviría para contarlo. Después de lo que te hizo papá... no voy a permitir que ningún machote le ponga la mano encima a una mujer si puedo hacer algo para evitarlo. No sé, Javier me da mala espina, ya no soy la niña tonta con la que jugaba ese capullo, ya no me puede comprar con chuches y juguetes.

—Bueno... el caso es que tengo que pedirle algo muy delicado. Solo espero que no me vuelva a dar plantón por la concejala

esa. Seguro que no, supongo que ella no tiene tanto estómago para seguir con él.

—Mami, nunca aprenderás. No sé por qué esperas otra cosa de un pito con patas. Habría que matarlos a todos o, por lo menos, cortarles los huevos.

—Sí, hija, lo que tú digas. Llévame a dormir, anda.

Vanesa me besó en la cicatriz de la cara como si eso pudiera arreglarlo todo, o quizás para demostrarme que no le daba asco. Lo hacía a menudo y yo, por no contrariarla, fingía que sí, que su magia funcionaba. Empujando suavemente la silla de ruedas me llevó camino del hotel, nada menos que el Parador. Empezó a caer una fina lluvia y ninguna de las dos llevábamos paraguas. Gracias a eso pude seguir llorando, eso sí, sin volver la cara para no ver la de mi hija que también intentaba que yo no la viera llorar.

No me dolió tanto el desplante de Javier como el desencanto de saber que seguramente nunca podría contar con él para nada y... ¡le necesitaba tanto! Y no precisamente porque yo estuviera enamorada de ese payaso, por supuesto que no. Él se lo iba a perder, el muy cretino nunca iba a encontrar una ocasión mejor para hacerse muy rico y, si no fuese porque no sabía de nadie más que pudiera ayudarme, no me importaría perderle de vista para siempre. ¡Qué estúpida había sido al pensar que podía haber cambiado! No, nunca cambian. Y cada vez que un hombre promete que lo va a hacer me vienen a la cabeza los curas violadores de niños, una asociación de ideas de esas raras que seguramente no tenga ningún sentido.

3

Propuse ir a mi hotel pero no era buena idea. En las ciudades pequeñas se conocen todos y no sería conveniente para una política que la vieran entrar con un desconocido. Las habladurías llegarían a los concejales de la oposición y eso no podía acarrearle nada bueno. Fuimos a su casa tomando precauciones, quedamos en un descampado de las afueras y poco después me recogió. Luego me explicó cómo llegar a su casa y me bajé del coche para hacer la última parte del recorrido a pie. Llegamos separados, primero ella y cuando comprobó que no había moros en la costa, yo. Me quedé boquiabierto cuando vi el impresionante palacete que iba a ser nuestro nidito de amor aquella noche. Y por dentro era todavía más espectacular, se lo había montado bien la concejala socialista. Sin preguntar, ella me sirvió un *whisky* y me pidió que la esperara un momento. Di un sorbo que me supo a gloria y traté de relajarme, había sido un día muy intenso, con muchas emociones. No lo conseguí porque enseguida apareció ella totalmente desnuda. ¡Qué visión! Todo lo que se intuía con ropa era mucho mejor así, al natural. Quizás las tetas un poco pequeñas para mi gusto, pero con una cinturita de avispa y con el mejor culo que yo había visto nunca. La erección fue brutal y me encontraba tan excitado que temí correrme enseguida, antes de empezar. Recurrí al viejo truco para estos casos: pensar en algo desagradable y a mi mente vino la monstruosa cara de Laura que había visto solo un rato antes. La

artimaña funcionó demasiado bien y noté que repentinamente se venía abajo mi erección. No era solo la visión de aquel rostro desfigurado, había mucho más: los recuerdos de los buenos tiempos, el profundo amor que sentí alguna vez por ella, lo mal que me había portado esa noche...

Ya acostados, cuando ella trató de acariciarme comprobó que allí no había nada de nada y saltó de la cama enfurecida.

—¿Pero qué mierda te pasa? ¿No estoy lo bastante buena para ti?

—No es eso, mujer... —no sabía qué decir.

—Eres peor todavía en la cama que escribiendo. ¡Cómo se puede ser tan inútil!

Me sentía especialmente humillado por la crítica literaria. Era absurdo porque cualquier hombre que se precie estaría más dolido por su fracaso sexual. No hay quien entienda a las mujeres. Si te ponen a cien y se lo haces saber, enseguida eres un acosador, un salido; pero cuando son ellas las que están calientes y uno, por lo que sea, no las folla bien folladas, te acusan de todo lo contrario, de no ser lo bastante macho para ellas. Ya se sabe que siempre acaban ganando, por un lado o por el otro, da igual lo que hagamos nosotros. Bueno... en la cama todos podemos fallar alguna vez, pero había ganado un premio literario y eso era lo único de lo que podía sentirme orgulloso.

—Pues no seré tan mal escritor cuando he ganado vuestro concurso, ¿no?

—¿Ganado? ¿De verdad piensas que esa basura podría ganar algo por sí misma? Yo no pude pasar de diez páginas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo sabes? ¿Tu amiga Laura no te ha dicho nada?

—¿De qué?

—Joder, tío, si eres más tonto no naces. Pues que ella ha puesto la pasta del premio y también el ganador.

—¿Quieres decir que estaba amañado?

—¿Amañado, dices? Mira, subnormal, ella decidió crear el concurso para ti. No sé por qué cojones será pero parece que quería regalarte ese dineral. Y de paso, el doble para mí, a ver si te crees que esta casa se paga con el miserable sueldo de concejala. Pero no te creas, que a mí también me ha hecho trabajar, si no es por esa pasta anda que iba a estar yo contigo esta noche. No sé qué te traes entre manos con la tullida esa pero si llego a saber qué clase de idiota impotente eres, me habría negado. Si de algo ando sobrada es de hombres con ganas de follar y mucho mejores que tú. ¿Qué te creías, imbécil? ¿Qué había caído rendida ante tus encantos?

Me sentía muy dolido pero aquella zorra estaba francamente buena y volví a excitarme. Agarré sus nalgas con fuerza, a lo que ella respondió con un bofetón que casi me derribó. No era de las que dan segundas oportunidades. Yo siempre había despreciado las extravagancias en esto del sexo y especialmente eso del sado-maso me parecía una soberana gilipollez y sin embargo el hecho de recibir aquella hostia me puso mucho más caliente.

—Chica lista, no creo que te venga bien que yo vaya diciendo por ahí que eres una concejala corrupta. Deberías ser mucho más cariñosa conmigo.

—¿Qué? —rompió a reír ella—. ¿Me vas a hacer chantaje sexual? Eres más tonto de lo que pensaba. No tienes ninguna prueba y además, si te vas de la lengua, ciertos amigos míos, policías municipales, estarían encantados de hacerte una visita nada amistosa si yo se lo pido. Ah, y si esa chiflada de Laura te pregunta, tú le dices que todo ha ido de cine, que has disfrutado como nunca. Es que todavía no he cobrado y no quiero que se eche atrás la loca esa. ¿Entiendes, bonito?

—Mira... ¿Por qué no me la chupas y cumples con lo acordado? —insistí, más cachondo cada vez.

—¡Vete a la mierda, payaso! Vístete y llévate ese colgajo asqueroso de aquí. Y no quiero volver a ver tu fea cara en mi puta vida, ni se te ocurra volver a esta ciudad buscando líos que aquí no se te ha perdido nada.

Obedecí sin ninguna gana. No pintaba ya nada allí y no me quedó más remedio que irme con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho. Solo faltaba que un par de gorilas me dieran una paliza. Ni siquiera me despedí, cuando abrí la puerta para salir del palacio aquel, giré la cabeza y pude verla metiéndose un enorme consolador en el coño mientras con la otra mano esnifaba una raya. Ya podía haberme invitado la muy guarra. A la coca, claro.

Me costó mucho volver al centro de la ciudad, no había forma de mantener un mínimo de dignidad y en ese estado me habría resultado casi imposible ir a cualquier sitio. Solo quería descansar o morirme, valga la redundancia. Y encima, se puso a llover a cántaros. Estaba convencido de que ya nada podía ir a peor cuando un enorme perro se me acercó ladrando desafiante y detrás de él la típica dueña gritando que no hace nada, que solo quiere jugar. ¡Con qué gusto habría retorcido los cuellos del chuchó y de la mujer! Pero me contuve y seguí mi camino.

En el limpiaparabrisas de un coche encontré un anuncio de jovencitas orientales con una foto de una chinita muy sugerente en ropa interior. ¿Por qué no? Estaba claro que mi destino era follar esa noche y, aunque nunca me ha gustado hacerlo pagando porque soy yo quien debería cobrar por ello, me guardé en el bolsillo el papel por si acaso. No tardé en sacarlo y llamar por teléfono. Una voz extranjera que apenas sabía hablar en español me dio la dirección y me explicó las tarifas: «*Una hora por treinta euros. Todo legal, todas las chicas mayores de edad*» dijo la que debía ser la madame. Me imaginé un local infecto y cutre, con unas putas tan baratas no se podía esperar otra cosa pero como no soy muy remilgado para eso de echar un polvo rápido, no me importó demasiado. Paré un taxi y le di la dirección al conductor, que la conocía muy bien, seguro que no era la primera carrera que hacía hasta allí, ¡país de puteros!

No estaba tan mal el garito, parecía un restaurante chino con ese tipo de adornos tan chorras, eso sí, esta vez todos con temática

sexual. Me hizo gracia un gato de esos que normalmente mueven un brazo hacia arriba y hacia abajo y que en este caso movía un gran pene, más humano que felino. La tipa de recepción, una vieja asquerosa, me enseñó unas diez fotos y elegí una casi al azar porque todas me parecían iguales. Pagué por adelantado y subí a la habitación bastante excitado. Enseguida llegó una chica que no se parecía mucho a la de la foto y que no aparentaba ser «mayol de edad» pero todo eso me daba igual, un chocho siempre es un chocho y cuando hay hambre, no hay pan duro. Cuando ella se desnudó, me llevé una decepción porque no tenía casi tetas ni culo, parecía un maromo. Pero la chupaba bastante bien y enseguida me empalmé. Y ya puestos, decidí follármela al estilo perrito y me corrí en un santiamén. Me pareció poco tiempo para treinta euros pero al menos me había desahogado y nadie podría decir que no me había comido una rosca esa noche. Podía estar una hora entera con la chinita pero... ¿Para qué? Como no soy tacaño para estas cosas, le di un par de euros de propina al engendro aquel y solo cuando ya había salido a la calle, me percaté de que lo había hecho sin condón, a pelo. Menos mal que las guarras esas tomarán la píldora, no me haría ninguna gracia traer a este mundo un chinito más, con los millones y millones que ya hay pululando por ahí.

Sí, había follado, pero eso ni de lejos podía borrar el bochorno que había sentido en casa de la concejala porque ella sí que era una mujer de verdad, no como las putas baratas chinas. Tampoco me sentía nada contento con mi rendimiento sexual, que nunca fue para tirar cohetes, la verdad. Menos mal que cuando pagas no te reclaman que las hagas disfrutar también a ellas, faltaría más. Bueno, vale, soy un poco eyaculador precoz, ¿y qué? Yo no tengo la culpa de que las mujeres necesiten tanto tiempo y tantas tonterías para llegar al orgasmo. Es que me gustan demasiado y no puedo contenerme, deberían estar contentas de ser capaces de ponerme a mil. Nunca he podido entender cómo hacen los actores porno para tirarse media hora dale que te pego sin descansar. Tiene que haber

truco, seguro que cortan y empalman las veces que haga falta, nunca mejor empleado el verbo empalmar.

No podía volver al hotel así, necesitaba un trago y ya conocía el garito ideal. Y lo encontré, fue la única alegría de aquel aciago día, dar con aquel tugurio. Y pasé a intentar ahogar mis penas en alcohol. Todo seguía exactamente igual: la clientela parecía ser la misma, el mismo olor, los carteles de toros, las tetas del calendario... ¡Pero vaya si había cambiado yo! En mi primera visita había entrado eufórico, radiante. Y no era para menos, había ganado un premio literario y todo iba a cambiar, por fin mi mala racha tenía fecha de caducidad. Y ahora... estaba hundido, derrotado como hombre, como escritor, como todo. Las primeras copas de coñac entraron de un trago como si con eso pudiera borrar todo lo sucedido. Bebí y bebí y volví a beber como los peces de ese odioso villancico. Bebí hasta que apenas podía ver. ¿Por qué no? Tenía la pasta del premio y podía gastarla como me saliera de los huevos. Intenté invitar a todo el mundo y por si tenían alguna duda, les enseñé a todos el sobre lleno de billetes. ¿Quién coño necesita mujeres para pasarlo bien? En un rincón del bar una máquina tragaperras de un modelo antiquísimo me llamó con su musiquilla. Acudí a la cita, me dejé unos cincuenta euros y volví a beber. En la tele había fútbol y solo por ganas de fastidiar decidí ir contra el equipo al que animaban todos y casi me muelen a palos cuando celebré un gol por todo lo alto. En realidad, los deportes que de verdad me gusta ver en la tele son la gimnasia rítmica, el patinaje artístico, el tenis con minifalda y, sobre todo, el vóley playa femenino pero me apetecía mucho darles una lección a aquellos paletos futboleros, seguro que no habían leído un libro en su puta vida y así nos va a los escritores, mucho peor que a los putos futbolistas.

Me estaba desmadrando mucho y el dueño del bar acabó por echarme de malas maneras y me amenazó con llamar a la policía, ¿a los amigos municipales de la puta concejala? El caso es que salí de allí dando tumbos y sin tener ni idea de a dónde dirigirme.

Menos mal que un par de chavales salieron conmigo del bar y se ofrecieron a acercarme al hotel. Todavía queda buena gente en el mundo.

Desperté hecho polvo, con la ilusión de que todo fuese una pesadilla, pero no, todo eso había ocurrido en el mundo real. Me dolía la cabeza como si un mono rabioso estuviera dentro de ella tocando un tambor. Me dolía la tripa como si mi estómago estuviera en llamas. Pero lo peor de todo era mi amor propio que parecía haber muerto para siempre. Mi vida era un fracaso, siempre lo había sido y siempre lo será. Intenté llorar pero ni siquiera conseguí eso. Con un esfuerzo descomunal logré levantarme y llegar hasta la ventana. Cuando la abrí, un sol espléndido me deslumbró, debía ser muy tarde ya. Tenía que llamar a Laura, se lo había prometido, y quizás así podríamos llorar los dos juntos. Recogí del suelo mi abrigo pero no encontré el móvil por ningún bolsillo. Miré por todos lados y nada, que no aparecía. Y, mucho peor, tampoco encontré el sobre con el dinero de mi premio literario. Me cagué en la puta madre del par de chavales que me habían robado y me volví a acostar.

4

¿Qué voy a contar yo si solo soy una puta barata? Ni siquiera llego a la categoría de personaje secundario. Además, no recuerdo nada especial de aquel servicio, fue uno de tantos, un hombre más que pagó y se corrió dentro de mí. Antes exigía que usaran condón pero ya me da igual, no creo que puedan contagiarme más cosas. Y, la verdad, me tiene sin cuidado si soy yo la que les pega algo a los clientes, que se jodan.

Yo solo quiero que mi niña salga adelante, que tengo un futuro muy lejos de toda esta mierda.

Ah, y no soy una chinita aunque eso les tiene sin cuidado a los hombres que vienen por aquí, para ellos todas las asiáticas somos iguales.

Y sé pronunciar correctamente la letra R, pero, claro, el tal Javier ni siquiera habló conmigo, no vino para eso.

Lo único bueno que recuerdo de él es que se fue enseguida, apenas tardó un par de minutos en eyacular. Final feliz lo llaman, hay que joderse.

Para mamá la noche discurrió como tantas otras. Desde que papá la dejó destrozada, siempre se repetía el mismo ritual: el suplicio de subirla a la cama con solo medio cuerpo vivo, la ingesta excesiva de pastillas, los segundos de sopor y, por fin, el sueño más o menos reparador. Por suerte, una empleada del hotel muy amable subió a echarme una mano porque a pesar de que mamá se estaba quedando en los huesos, la tarea era demasiado costosa para mí sola. En casa era más fácil porque disponíamos de una grúa de esas que consiguen que quien no puede andar parezca volar por la habitación.

Una vez que mamá empezó a roncar, cené sin hambre los canapés variados que había pedido a recepción, de esos de alta cocina, espectaculares y riquísimos. Me habría gustado tanto charlar con mamá, conocer más detalles de su encuentro con Javier... Yo tenía sensaciones agridulces sobre él, solo era un amigo de papá y de mamá que algunas veces venía a casa y, aunque trataba de negarlo, de odiarlo, en el fondo me caía bien porque solía traer unos regalos muy chulos y era un tipo muy divertido que jugaba conmigo mucho más que mis padres, siempre tan estrictos y gruñones. Lo malo de sus visitas llegaba después, cuando se iba y se quedaban solos papá y mamá. Nunca pude entender que lo que unos minutos antes parecía fiesta y buen ambiente se convirtiera en un infierno de gritos y golpes en cuanto Javier salía por la puerta. Yo era tan

pequeña, tan inocente... A veces, me dejo llevar por mis ataques de rabia y odio con toda mi alma a todos los hombres pero, en el fondo, quiero pensar que no todos son iguales, que habrá alguno que merezca la pena. Tampoco soporto a los van de feministas y pretenden explicarnos a las mujeres cómo debe ser nuestra lucha. Hombres...

Sí, me habría gustado mucho tener una larga conversación con mamá, hablar sobre Javier y su encuentro de aquella noche. Solo tenía claro que había salido fatal pero necesitaba saber más detalles. Imposible, desde que papá la dejó así no había manera de hablar con ella de mujer a mujer. Y no la culpaba de nada, era evidente que debía pasar mucho tiempo hasta recuperar algo de lo que fue: una gran mujer y una madre maravillosa, la mejor del mundo.

Entré al *Facebook* de Javier como había hecho antes varias veces pero allí no había nada nuevo: solo los chistes de mal gusto de siempre, comentarios machistas y de coches, algunas fotos mediocres de viajes, en fin, nada interesante. El muy cretino había creado un evento con lo de su premio literario y solo cuatro personas habían pinchado en «*Me interesa*», ninguno en «*Asistiré*». ¡Menudo poder de convocatoria!

Encendí la tele y tras repasar varios canales la apagué asqueada y no solo porque sintonicé un canal porno de esos en los que una mujer finge disfrutar con varios tíos con grandes pollas y ningún cerebro. Le di un beso de esos que suenan en la frente a mamá, sabiendo que seguiría profundamente dormida durante bastantes horas y me acosté en la cama de al lado. Miré por la ventana y eché de menos la lluvia.

No podía dormir, me ahogaba en aquella cama comodísima y, aunque sabía que me iba a costar una buena bronca de mamá por la mañana, me levanté, abrí el mueble-bar y me serví una copa. No era tan grave, solo me faltaban dos meses para cumplir los dieciocho aunque oficialmente seguía siendo menor de edad. Pero ya no era ninguna niña y me cabreaba mucho que todo el mundo me

tratara como si tuviera diez años. No podía soportar tanta condescendencia, tanta lástima, tanta estupidez y tanta mierda, sobre todo después de aquella maldita noche que hizo pedazos nuestras vidas para siempre. No necesitaba tantos mimos y consuelos hipócritas, no me hacían ninguna falta las consabidas palabras de ánimo que todo el mundo me repetía una y otra vez. Ya sé que no debe ser fácil hablar con quien ha perdido de golpe a su padre, y, en gran medida, también a su mamá. Yo solo necesitaba que me dejaran en paz y que mi madre volviera a ser mamá.

Me senté en la silla de ruedas como solía hacer cuando ella dormía, era algo que no sabría explicar. Odiaba aquel objeto por lo que representaba y a la vez sentía una extraña fascinación, casi morbosa. Noté algo duro debajo de mi culo, el libro de Javier. Siempre he sido una lectora voraz y había escrito varios cuentos que me parecían muy mediocres, pero no tanto como lo que empezaba a leer. Enseguida comprobé que ni el estilo, ni el léxico, ni nada me gustaba. Tenía pinta de ser todo un tostonazo. No sabía ni de qué iba y me hizo mucha gracia reconocer alguna anécdota divertida que me había contado mamá de cuando era joven. Pero cuando comprobé que aquel idiota no había escrito una novela sino la biografía de mamá con pelos y señales, se me heló la sonrisa. Había de todo y me sonrojé con algunos detalles de su vida sexual muy explícitos. Siempre es incómodo pensar en los padres de una practicando sexo y no tendría por qué ser así, gracias a eso estamos todas en este mundo. Nunca había pensado en la posibilidad de que Javier fuese algo más que un amigo para mamá. Bueno, en el fondo sí que había sospechado algo pero como nadie me contaba nada... Sentí un profundo asco al imaginarles desnudos en la cama. Pero por fin medio entendí algo, que quizás mamá engañaba a papá con su mejor amigo y él casi la mató en un ataque de celos. Eso no justifica lo que hizo, por supuesto que no, pero al menos había una razón, algo que podría explicarlo todo. Y me asaltó una tremenda duda: ¿Podría ser Javier mi padre? No, eso ya sería demasiado.

Esas cosas solo pasan en las telenovelas malas pero en la vida real la gente no anda cambiando de padre así como así. Y todo eso suponiendo que fuese verdad esa parte de la novela de Javier, que tengo muy claro que los hombres mienten más que hablan. Algún día le preguntaría muchas cosas a mamá, en cuanto se recuperara. No sabía cómo abordar ese tema con ella pero tenía derecho a conocer mis orígenes aunque debía hacerlo con la mayor delicadeza. En realidad me daba igual de qué cojones provinieran mis genes masculinos porque había borrado la palabra *padre* de mi diccionario. Ojalá hubiera sido el resultado de una inseminación artificial y anónima, sin que ninguno de esos dos imbéciles tuviera nada que ver. Algún día las mujeres ya no necesitaremos a los hombres para nada y seguro que así este mundo será un lugar mucho mejor para todas. ¡Me cago en el que inventó la testosterona!

Necesitaba otra copa y dirigí la silla de ruedas hacia el mueble-bar y esta vez no lo cerré, quizás no había alcohol suficiente para terminar de leer aquel asqueroso libro. Quería saber, lo necesitaba, y, ya que nunca conseguía entablar una conversación de verdad con mamá, ese sería el modo de descubrir lo que sucedió, aunque seguía dudando mucho de la sinceridad de Javier, ¡putos tíos! Se había tomado la molestia de cambiar los nombres de los personajes pero no había ninguna duda, eran ellos. Estaba ya bastante borracha y cansada cuando llegué al final, al momento en que papá se suicidó tirándose por la ventana después de matar a mamá. Sí, el final del libro era mentira. En la novela de aquel escritor de pacotilla Laura había muerto del todo en lugar de quedar tan mal herida, destrozada para siempre pero ¡viva! Y menos mal, porque no me imagino mi vida sin ella. ¡Necesito tanto a mi madre!